897.286
G266e

8708C
13-32

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

897.286
G266e

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

DEC 1 1980 DEC 2 '80

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laesclava00garn

PUBLICACIONES HECHAS POR CONTRIBUCION DE AMIGOS

N.º 2.

1631

LA ESCLAVA

POR

José Fabio Garnier

SAN JOSE, C. R.
Imprenta de vapor de Alfredo Greñas
1905

A Joaquín García M.

Hay en el mundo seres que arrastran sus miserias á nuestro lado, á los cuales no nos dignamos mirar siquiera.

Para ellos no existe la caridad y los que se dicen á sí mismos sostenedores de las sociedades, nos prohiben acercarnos á ellos. Los sucesos de su vida son una injuria para nuestra moralidad y lo que á ellos se refiera será siempre una indecencia.

Aquí tienes, Joaquín, un libro indecente. Se ha dado en llamar así todo aquello que copia de cerca los detalles dolorosos de muchas existencias que viven la vida con nosotros.

Si es indecente, no es inmoral: es fácil sacar algunas enseñanzas de la historia triste que relato. Es moral, pero no tomando esa palabra en el sentido vulgar que le dan los hombres esclavos. Ya sabes tú que yo no rindo homenaje sino á la moral universal: en ella está inspirado este pequeño trabajo.

J. F. G.

453716 897.286 G266e

LA ESCLAVA

I

Siendo muy joven, siendo libre y riéndose del mundo y de sus murmuraciones, aquella niña había vivido trabajando honradamente bajo la dirección de una modista muy hábil, cuya clientela era numerosa. Al caer la tarde, para ganar un poco más de dinero, ella se encargaba de ir á entregar los trabajos terminados durante el día. Sabía que algunas señoras daban propinas más ó menos considerables á la muchacha que les llevaba el vestido de baile ó el sombrero lujoso que esperaban ansiosas.

Aquel ir y venir de noche, sola, llevando en un brazo lo que debía entregar por cuenta de su patrona y sosteniendo con el otro sus faldas, que alzaba para caminar con más libertad, despertó la malicia de quienes la conocían.

Se empezó á hablar de sus ausencias continuas, se comentaban sus paseos nocturnos; uno decía que la había visto á las nueve de la noche paseando sola por las calles más concurridas de la ciudad, el otro aseguraba que detrás de ella siempre veía un caballero simpático, muy bien vestido, de esos acostumbrados á perseguir á las muchachas jóvenes.

Y otro, el más atrevido, decía que muchas veces había encontrado á Limba a-

compañada por un personaje, quien no todas las tardes era el mismo. Se hablaba de la niña, se le daban amantes, no sólo uno, muchos, que ella iba á buscar por las calles de la población, alzando mucho las faldas para que se pudiera ver el comienzo de sus piernas muy bien formadas. En fin, se le consideró como una de esas mujeres que van todas las noches en busca del placer y de algunas monedas de plata.

Ella se extrañaba al ver á las que antes eran sus amigas; ninguna quería dirigirle la palabra, y cuando se veían obligadas á hablarle, lo hacían con un modo despreciativo que sorprendía á la joven.

Era tan ingénua que no se habría supuesto jamás la causa de la indiferencia que le mostraban sus compañeras.

Las mujeres casadas del barrio que, casi todas, soportaban con grandísima desenvoltura la doble fatiga que les imponía su situación de esposas y de amantes, la despreciaban y cuando debían pronunciar su nombre lo acompañaban con los más infames adjetivos.

Nadie tenía compasión de aquella niña, inocente de todas las miserias humanas, pura de cuerpo y de espíritu y que, según sus amigas, había entregado sus encantos á quienes los desearon.

* * *

Aquellas calumnias se fueron extendiendo cada día más; al principio era el barrio el que murmuraba; poco á poco la deshonra de la chica se fue conociendo en los o-

tros barrios de aquella ciudad mezquina, hasta que llegó á los suntuosos talleres de la modista bajo cuyas órdenes trabajaba Limba.

La patrona, comprendiendo que aquellas voces habían de seguir extendiéndose y que no tardarían en murmurar sus secretos en los oídos de sus distinguidas clientes, pensó que no era bueno hacer la entrega de los trabajos concluidos por medio de aquella muchacha, cuya mala fama era general.

Pensó que sus favorecedoras no verían con gusto que manchara sus hogares inmaculados, la presencia de la modistilla pobre y mal vestida que según decían, á las fatigas del día entero debía unir las de la noche también.

Reflexionó en todos los detalles que le contaban los murmuradores del barrio en que vivía Limba; comprendió que si era verdad, aquella chica llevaba á sus citas amorosas los vestidos y los sombreros que ella le confiaba para su debida entrega.

Hizo mil consideraciones; consultó á las compañeras de Limba, quienes no dejaron escapar aquella ocasión que se les presentaba para obligar á su patrona á deshacerse de la muchacha que les hacía sombra.

Como se ve, todo se reunía en contra de Limba, quien al fin, por medio de su patrona vino á saber lo que de ella se murmuraba.

Lloró, protestó su inocencia, dejó ver su ingenuidad al sorprenderse de aquellas acusas; pero la modista no podía tenerla en su taller, porque aunque no fuera cierto lo

que decían, la verdad era que todo el mundo estaba al corriente de las murmuraciones y no le tocaba á ella el rehabilitar á una dependiente suya.

No tuvo compasión ante el dolor de Limba; no supo considerar la tristeza de aquella niña que sin familia, sin trabajo y calumniada por quienes la conocían, iba á llevar una vida miserable, llena de vergüenzas y de sufrimientos.

Pero á los que gozan de una buena posición, qué les importa la suerte de los desgraciados?

*
* *

Abandonada, señalada con el dedo por quienes se atrevían á mirarla, Limba no supo qué hacer. Paseaba su tristeza por los sitios más solitarios de la ciudad, en donde lloraba silenciosa, mordiendo el pan duro que la caridad de una vecina le había entregado.

Pensaba en la acusa terrible de que era objeto y no podía convencerse de que fuera posible tanta infamia. No comprendía cómo eso que llaman opinión pública y que no es otra cosa que el juicio equivocado de un conjunto de personas — ignorantes la mayoría de ellas,—pudiera ser tan poderosa y tener fuerzas para destruir el porvenir de una muchacha inofensiva, cuya vida la vivía inclinada sobre su máquina de coser.

Ante sus ojos pasaban las escenas diarias del taller, la charla alegre de sus compañeras, las represiones afectuosas de la modista; luégo le parecía estar tocando

con sus manos las telas delicadas, las plumas valiosas y, sin pensarlo, estrujaba las faldas ordinarias que cubrían su miseria.

Veía á las señoras elegantes que cada semana se hacían un vestido nuevo, costoso, y al mismo tiempo pensaba en las injusticias de la humanidad, que permite que la esposa de uno de esos hombres que se enriquecen explotando á los demás, vista bien mientras que las pobres compañeras de los obreros que, aun enfermos, van al taller á gastar sus energías, no puedan llevar sino trajes sencillos y ordinarios.

Luego soñaba; creía que era una de aquellas señoras que recibía los vestidos enviados por la modista y que, compadecida del aspecto enfermizo de la muchacha que se los había traído, le daba unas cuantas monedas. Le parecía ver la fisonomía animada de la niña y oír las frases agradecidas que salían de sus labios pálidos y delgados. Después, llamaba á su camarera, se probaba el vestido é iba despacio, despacio, á mirarse en un espejo de una luna soberbia. Sus pasos no se oían, tan finas eran las alfombras que la riqueza de su esposo había tendido sobre el pavimento de las habitaciones.

Vino á despertarla de aquellos sueños la frialdad de una acera de piedra recientemente mojada y que le hizo recordar que sus delicados piececitos no tenían siquiera un par de zapatos con qué repararse de la humedad exterior.

Entonces la realidad volvió á apoderarse de su imaginación.

Lloraba al considerarse sin casa, sin vestidos, sin dinero y sin ocupación.

Recordaba las frases groseras con que la habían recibido en los talleres que visitó en busca de trabajo. Todos le echaban en cara su falta, aquella falta de cuyos detalles ella no podía acordarse, aquella falta que sólo existía en la mente de sus calumniadores.

Lloraba amargamente al ver aquellas injusticias y se preguntaba con desesperación:—¿Basta que exista esa falta en la creencia general para que y o sea una mujer deshonrada?

Y en su ignorancia renegaba de aquel honor que está al alcance de cualquier desocupado que quiera entretener sus ocios tejiendo mentiras é indignidades.

Siguió vagando por los alrededores de la ciudad, llorando, llorando siempre, apartándose repetidas veces, para dejar pasar varios carruajes en los cuales algunas mujeres del mundo galante iban á las citas que habían recibido y algunos hombres poco honrados se dirigían á la casa de juego ó al café cantante de la vecindad.

*
* *

Aquella vida se prolongaba; hacía varias semanas que perdía su tiempo buscando colocación. Nadie la aceptaba; se temía sin duda, que su presencia infestara los talleres, se creía que llevaba consigo el ocio y la inmoralidad. Las caritativas señoras de las sociedades de beneficencia se negaban á socorrerla. Ellas, en su holga-

da posición, no podían explicarse cómo aquella muchacha joven, sana, se atreviera á pedir limosna en vez de buscar trabajo. Y cuando Limba suplicaba que le indicaran un sitio en donde pudiera ir á ofrecer sus servicios, ellas le contestaban pidiéndole las cartas de recomendación que debían haberle entregado. Y la pobre muchacha no podía presentar recomendaciones. Había sido arrojada de su taller por una razón tan poderosa!

*
* *

El hambre dejaba ver ya su angustiosa fisonomía ante las miradas de la desgraciada Limba. En aquella lucha desesperada la muchacha iba á ser vencida. Miraba al cielo, rogaba al Dios de sus padres, y aquel cielo permanecía inmutable, y aquel Dios seguramente era sordo á la plegaria de los infelices. Iba á la iglesia, se arrodillaba ante su virgen preferida, la Virgen de las Mercedes, permanecía largas horas mirando el rostro encantador de la imagen, y le pedía, con fervor, una ayuda que le era tan necesaria. Luégo salía del templo consolada, llena de ánimo para continuar buscando. Pensaba que sus oraciones sinceras habían sido escuchadas, y que al volver de la esquina, su Virgen de las Mercedes le procuraba una ocupación. Y pasaba aquel día y pasaron muchos otros, y el hambre se hacía sentir más; para el cuerpo debilitado de Limba no bastaba el pedazo de pan duro que le daba aquella vecina caritativa.

*
* *

Perdió todas las esperanzas; dejó de buscar trabajo porque sus fuerzas se lo impidieron, se sentía morir de debilidad á cada instante. Un día sufrió un fuerte desvanecimiento; dos policiales bondadosos la llevaron al hospital cercano,en donde estuvo varios días; su salud mejoraba y ella veía con tristeza acercarse el instante en que debía abandonar aquel establecimiento. Como su enfermedad no la obligaba á estar en cama, se había hecho el deber de hacer menos dolorcsos los momentos de aquellos desgraciados que descansaban en los lechos vecinos. Les servía con una solicitud incomparable, adivinaba sus deseos y fué tal su bondadosa conducta, que la hermana de caridad que vigilaba aquella sala le dió las gracias estampando un beso en la frente pálida de aquella magnífica muchacha.

Se ofreció como enfermera en el hospital, pero se le contestó que el número de sirvientes del establecimiento estaba completo.

Esa respuesta la entristeció mucho. Había encariñado con la vida del hospital, amaba á los enfermos y sentía un placer grandísimo al aspirar el aire saturado de esencias medicinales que llenaba aquellas habitaciones.

El día que abandonó el hospital lloró mucho sobre el pecho de la hermana de caridad, quien la consoló recordándole que en esta vida todo es sufrimiento y que quien más sufre es el más dichoso.

Quiso contarle su historia, hacerle ver que su vida era terrible, pero pensó que talvez aquella mujer sería como las otras mujeres con quienes había hablado, y que no creería en su inocencia.

*
* *

La hermana de caridad le había dado un vestido que le quedaba muy bien y con él se atrevió á buscar una vez más el deseado empleo.

Lo encontró en el "*Café Venus*", una cantina de segundo orden en donde el servicio de licores, café y otras bebibas era hecho por mujeres jóvenes.

El propietario había comprendido que el tener su cantina servida por *kellerinas* aumentaba la clientela, y por lo tanto su única preocupación era buscar mujeres bellas, jóvenes, ojalá un poco ligeras, para así poder ir adelante con su negocio.

La apariencia simpática de Limba, su cuerpecito bien formado y la elegancia de sus maneras, le cautivaron; preguntó á la joven cuál había sido su ocupación anterior, y al saber que era modista, la tomó á su servicio con mucho gusto, pues sabía que las modistas constituían el gremio preferido por sus consumidores.

Limba era muy amable con los que visitaban el establecimiento. Los jóvenes se hacían servir por ella y al pagarle siempre dejaban en su poder algunas monedas como propina.

Ella sonreía siempre con aquella sonrisa encantandora que iluminaba su rostro; se

creía feliz, libre ya de la terrible pesadilla que oscureció por algún tiempo el sueño de su juventud.

Sus compañeras la miraban con recelo, pues ella con su amabilidad atraía la atención de los parroquianos y la del propietario, que veía en aquella muchacha un ayudante magnífico para hacer su fortuna.

Aquellas compañeras empezaron á calumniar á Limba, hablaban de ella haciéndola culpable de todo lo que sucedía en el establecimiento. Si uno de los consumidores habituales no había vuelto á la cantina, ella tenía la culpa; si todas las noches algunos jóvenes escandalizaban dentro del café, á Limba se debía, pues los muchachos locos venían por ella.

El propietario no hacía caso de aquellas quejas odiosas y antes que deshacerse de su nueva sirviente, prefirió despedir á las descontentas.

*
* *

Estos establecimientos de segundo orden, decorados con el título de café, cantina, bar ó restaurante, en los cuales el servicio es hecho por jovencitas, no son otra cosa que sitios en donde se impulsan las malas costumbres. Esas mujeres atraen á los consumidores no sólo por su belleza sino también porque la mayoría de ellas disimula bajo aquella honesta ocupación su verdadero arte: el de conquistar á los hombres para el placer. Todas ellas, ó casi todas, al servir las tazas de café, las copas de vino ó los vasos de cerveza, van ofreciendo sus encantos con el movimiento

muy acentuado de las caderas ó el andar cimbreante que hace muy visible el temblor de los pechos. Se acercan á los jóvenes, permiten que ellos ultrajen con sus manos los contornos de sus cuerpos, se sientan sobre sus rodillas y no tienen escrúpulos en besar aquellas bocas olorosas á licores y á tabaco.

*
* *

Limba nunca permitió aquellas confianzas; ninguno de los jóvenes pudo obtener un beso de su boca pequeña, y cuando alguno de ellos le preguntaba si sus pechos eran suaves ó duros, y quería averiguarlo extendiendo su mano, ella se apartaba y lo miraba con una mirada terrible.

Por supuesto, aquella actitud disgustó á los parroquianos, muchos de los cuales creyeron que las defensas de Limba no tenían otro objeto sino avivar los deseos de quienes la perseguían, y se propusieron rendir aquella falsa fortaleza.

Ninguno alcanzó á satisfacer sus aspiraciones, y los más atrevidos recibieron su castigo: Limba estaba dispuesta á defender su dignidad contra los ataques de aquellos libertinos, y cruzaba con su mano el rostro de quien osaba tocarle el pecho ó las caderas.

*
* *

Como es natural, las quejas llovieron al propietario. Los consumidores alegaban que si venían al "*Café Venus*" era por divertirse con las *kellerinas*, y que si aquella chica seguía con la actitud que había

adoptado, cambiarían de café, pues lo mismo les daba ser servidos por un hombre que por una mujer que no permite tales confianzas.

El propietario llamó la atención de Limba acerca de las quejas de sus parroquianos, sin decirle cuál era el motivo verdadero. Le dijo que la encontraban muy seca, poco amable, que notaban que los servía con disgusto y que, en muchas ocasiones había rehusado la propina, talvez porque era una miserable moneda de diez céntimos.

Limba, llorando, se disculpó ante su jefe y aprovechó aquella ocasión para quejarse ella también.

Aquellos hombres creían que era una mujer perdida, querían abrazarla, besarla, tocarla toda. Ella era honrada y no podía permitir esos atrevimientos. Y con su voz ahogada por el llanto suplicó al propietario que impidiera esos abusos que, según la inocente niña, desacreditaban el establecimiento.

El patrón le contestó sonriendo que talvez aquellos hombres lo hacían con ella creyendo que era igual á sus compañeras. Le preguntó si no las había visto besando á los que visitaban la cantina ó sentadas sobre las rodillas de uno de ellos, ó colgadas del cuello de los jóvenes en un abrazo terriblemente voluptuoso.

Ella le contestó que sí las había visto, pero que la conducta de unas no autorizaba para tratar á las otras de una manera semejante. Y añadió con voz firme y vibrante que jamás uno de esos bebedores de

oficio tendría el placer de estrechar siquiera sus manecitas delicadas.

—Y crees tú—contestó enojado el jefe,—que yo he traído á servir en mi cantina mujeres que parezcan la estatua de la honradez? No, niña mía, si yo os hago el favor de daros colocación es para que vosotras me ayudéis á extender mi clientela.

—Y se consigue de ese modo?—preguntó extrañada Limba.

—Claro,—respondió el propietario.—Cuando se sabe que en un café ó en un restaurante hay mujeres bonitas que sirven lo que se pide, se va con gusto á ese establecimiento. Y más aún cuando se sabe que al mismo tiempo que se bebe el licor preferido, se estrecha la cintura delicada de una muchacha encantadora, y que se saborean sus besos ardientes y que se tocan los encantos que disimula apenas su vestido de *kellerina*.

—¿Así es que yo debo dejarme besar por esas bocas sucias y abrazar por esas personas borrachas?—preguntó de nuevo la jovencita.

—Seguramente, y si de hoy en adelante cambias de conducta, te ofrezco aumentar el sueldo que hasta ahora has ganado.

—Gracias, señor,—contestó Limba quitándose el delantal que usaba.—Le suplico arreglar mi cuenta pues yo no puedo servir á usted en condiciones tan degradantes para mí.

Y desde aquel momento dejó de ser *kellerina*.

* * *

Empezó á buscar otra colocación; en ningún sitio se la daban, pues si antes le negaron trabajo, ahora con mayor razón lo hacían, pues todos la reconocieron como una de las sirvientes del "*Café Venus*".

Poco á poco volvió la miseria; el dinero que había ganado en el café iba desapareciendo, y con él la esperanza de encontrar otra ocupación.

Recordó las condiciones que le había impuesto el propietario del café en donde sirvió algún tiempo. En muchas ocasiones, al sentir el estómago que se rebelaba contra la inacción á que le tenían condenado, pensó en volver á la cantina, tomar otra vez aquel delantal que arrojó con tanta soberbia é ir hacia los consumidores ofreciéndoles no sólo besos y abrazos sino su cuerpo entero también. En horas de desesperación se decidía, tomaba el camino del "*Café Venus*" y luégo, meditando, volvía sobre sus pasos y pensaba en muchas cosas llenas de esperanza, y aguardaba, aguardaba siempre.

Volvieron á presentarse las tristes escenas de su vida antes de entrar en el hospital: la necesidad estrujaba su pecho y por su boca no salían más que suspiros entrecortados y palabras dolorosas.

No encontraba ninguna alma generosa que la protegiese. Todos la despreciaban, aun aquella mujer caritativa que acostumbraba darle un pedazo de pan duro y seco. También ella la había visto con el traje de

kellerina sirviendo á los bebedores del "*Café Venus*".

***

Tantos dolores, tantas miserias, aquella hambre y aquella desnudez, hicieron que su alma abandonara la esperanza que hasta entonces había acariciado.

Estaba decidida á todo, á todo. Fué á hablar con el propietario de la cantina, le ofreció sus servicios asegurándole haber cambiado de conducta, y aquel miserable se rió de ella. La respuesta que se atrevió á darle fué la siguiente:

—Ahora que has rodado por el arroyo, quiéres venir á llenar de fango mi establecimiento?

Y la despidió. Para ella, para una impura, no había sitio en su acreditado café!

***

La última esperanza se había esfumado.

Limba se dirigió á uno de los parques de la ciudad que permanecía sumergido en las sombras, y por donde paseaban muchas parejas que se hacían promesas de amor eterno.

La desgraciada muchacha se sentó en una de las bancas que estaban más apartadas, y allí rompió á llorar.

Sus lágrimas salían impregnadas de la amargura con que la injusticia de los hombres satura la vida de los desdichados.

Lloró durante largo rato. Al ver su figura doblada, sumida en la oscuridad, muchos hubieran creído que era una de tantas que esperaba á quién la había citado.

Nadie se preocupó por ella. Las parejas pasaban abrazándose y besándose. Con su felicidad insultaban el dolor de aquella mujer que á los veinte años sentía el peso de la vida como deben sentirlo esos ancianos que apenas pueden mover sus miembros aletargados.

*
* *

Una anciana se acercó á ella, le habló con dulzura, le preguntó el por qué de su sufrimiento, y como ella no le contestara, se acercó más, le tomó la cabeza entre sus manos, la miró con atención y al ver aquel rostro hermoso abrillantado por la tristeza, volvió á hablarle compasiva, le hizo mil preguntas á las cuales Limba contestaba apeñas.

Empezó á darle consejos, á animarla. Le observó que no debía tener negros pensamientos porque la vida es muy bella, demasiado bella para quien sabe vivirla.

Limba revelándose contra esa frase que venía á injuriar su miseria, le refirió todo á aquella anciana. Le hizo ver que la vida como ella la había vivido no era bella y que nunca podría encontrar belleza en una existencia llena de sufrimientos.

Le relató su niñez, su infancia, ambas pasadas en medio de dulzuras lejanas pero nunca olvidadas. Luégo pasó á los sucesos de su juventud, y la anciana pudo oír de aquella boca palabras de rebelión contra la vida, contra la sociedad, contra el Dios todopoderoso.

La señora Inocencia—así se llamaba aquella anciana—se acercó más á la joven,

enjugó con su pañuelo aquel llanto y luégo empezó á hablarle de la esperanza de un porvenir más dichoso.

—Mientras tanto se muere,—le contestó Limba.

—Se muere, es verdad, si se quiere—añadió la vieja. Y con frases dulces, llenas de reticencias aduladoras, empezó á decirle que una muchacha de veinte años como ella, con un rostro y un cuerpo como los suyos, podría vivir una vida bella, una vida de placeres y de comodidades.

—Y cómo?—preguntó la muchacha siempre desesperanzada.

La vieja no contestó inmediatamente á la pregunta. Siguió enumerando las ventajas de aquella vida, le habló de todos los placeres á que puede aspirar una mujer y al fin le propuso, siempre con palabras llenas de dulzura, que ingresara en la casa de tolerancia de que ella era propietaria.

Al principio Limba se alzó soberbia contra aquella mujer que la ofendía de manera tan despiadada, pero ésta, comprendiéndolo todo, la atrajo á su pecho, empezó á acariciar la cabellera abundante de la jovencita, y continuó enumerándole las comodidades de que podía gozar en su casa sin tener mucho que hacer, casi nada, nada absolutamente

Mientras la vieja hablaba, Limba meditaba.

Era despreciada?.....seguramente había nacido para ello. La trataban todos como una mujer perdida.

.....Por qué no serlo?

Y aquellas meditaciones ayudadas por las

palabras de la señora Inocencia la llevaron al precipicio á cuyas orillas tantas veces se había alzado rebelde contra quien quería hacerla despeñarse.

*
* *

Aquella noche, la desgraciada Limba llevó á cabo el sacrificio de su dignidad, en aras de la opinión pública que á ello la había condenado.

II

La vida en el burdel parece á quien no la estudia á fondo, una vida alegre. Sinembargo, dicen lo contrario las fisonomías llenas de hastío de las mujeres que en él habitan. Pasan el tiempo sin dedicarlo á nada, fuman las unas, ríen las otras, pero en el fondo de todas ellas hay un cierto cansancio, el tiempo es muy largo, larguísimo: las horas de espera fastidiosas y aquella obligación de vestirse y desvestirse á cada momento ante los parroquianos, constituye para ellas una ocupación demasiado molesta.

*
* *

Aquella vida era más terrible para Limba que para las demás mujeres. No podía acostumbrarse al dolce far niente en que vivía, y otra vez las lágrimas acudieron á sus ojos. Ahora no lloraba por el hambre y por la necesidad. Eran lágrimas de arrepentimiento las que llenaban sus ojos cuando no lo veía la patrona.

*
* *

Hacia el fondo del salón en que, á medio vestir, conversaban las pobres cortesanas, se veía siempre la figura repugnante de una vieja que fumaba; era la mujer indigna que explotaba los encantos corporales de las muchachas, y que sabía alentar en ellas la pereza haciéndoles comprender las mil dulzuras que hay en el no hacer nada.

No les permitía dedicarse al trabajo. No tenían suficiente con las fatigas de la alcoba? Para qué ocuparse en otras cosas?

La aguja? Era un instrumento prohibido para aquellas mujeres, pues, ¿no puede una aguja inclinarlas á los recuerdos de aquellos días en que, allá en la casa materna, vivían dichosas sin pensar en la vida que ahora llevan, llena de alegrías muy grandes y de tristezas muy hondas?

El libro? No son los libros los compañeros permitidos á las mujeres que viven en una casa de tolerancia, porque ellos con sus diversos estudios de la vida y de la sociedad, las obligarían á reflexionar acerca de su situación presente y á desear el fin de aquella existencia monótona.

*
* *

Verdaderas esclavas de la ambición de la señora Inocencia, aquellas pobres mujeres no podían esperar en su redención.

Limba, aunque sentía la nostalgia de la vida tranquila y virtuosa de sus primeros años, no podía hacer nada por alcanzar su libertad. El poco dinero que le pagaba la

vieja, no le servía de mucho y además, al principio, había hecho con ella una deuda grande para comprarse un vestido que estuviese de acuerdo con el lujo que gastaba el establecimiento.

Esa deuda no había sido aún pagada y por lo tanto, era necesario permanecer bajo aquella odiosa tutela hasta cancelarla y ganar algo para no encontrarse otra vez en el mundo, sin dinero.

Su vida debía de ser siempre triste, creía que en ningún sitio encontraría la tranquilidad.

Deseaba con ansia la muerte, pues cada vez que á su memoria venían las palabras de la señora Inocencia: "la vida es muy bella para quien sabe vivirla", se revelaba contra sí misma y odiaba la existencia y á los que la viven cómodamente sin pensar en los desgraciados.

*
* *

Cada día se iba fastidiando más. Ella no estaba hecha para aquella vida llena de miserias morales. No era la mujer que al ofrecerse, hace resaltar los encantos de su cuerpo, ni la que al entregarse tiene mil secretas complacencias. Era una mujer cualquiera, ignorante de los placeres amorosos que se daba sin sentir satisfacción alguna.

Le molestaban todos los detalles que observaba en ella y en sus compañeras, desde el beso infamante que suena á interés hasta las historias voluptuosas que debían inven-

tar para entretener á los hombres—viejos casi todos—que pasaban en aquella casa muchas horas del día.

Allí pudo conocer á muchos jóvenes de la alta aristocracia que por su grosera conducta, no se diferenciaban en mucho de los operarios á los cuales veían con desprecio ridículo.

Allí supo de muchas intrigas de la sociedad que se precia de sostenedora de las antiguas ideas, á las cuales corresponde la moralización de los pueblos.

Nada callaban aquellos hombres, los cuales varias veces osaban pronunciar el nombre de su blanca prometida ó de su amante esposa en el ambiente pervertido de aquella casa. Hablaban de sus novias y de sus compañeras, intercalando en su conversación muchas palabras de cariño hacia aquellas mujeres que los rodeaban; hacían comparaciones odiosas que terminaban con besos ardientes dados en las bocas de quienes los oían.

Conoció muchos secretos. Tuvo que ver con muchos hombres casados, con muchos padres de familia que venían á derrochar con ella y con sus compañeras, el dinero necesario talvez para el mantenimiento de sus numerosos hijos.

Todos los parroquianos le eran antipáticos, á ninguno de ellos apreciaba y al verlos entrar acudían á su mente los detalles escandalosos de su vida y las mil aventuras infames de que habían sido protagonistas.

Y sinembargo, debía fingir, fingir siempre aunque en su interior soñaba con la ansia-

da libertad que se dibujaba ya en los borrosos contornos de su porvenir.

*
* *

La deuda estaba pagada. Limba empezaba ya á economizar con el único objeto de despedirse de la señora Inocencia y de sus compañeras.

El arrepentimiento había germinado en su pecho y pensó no pasar mucho tiempo bajo el dominio de aquella vieja que siempre alentaba en ella el odio hacia la sociedad y el desprecio hacia la existencia honrada.

Limba no le hacía caso alguno y seguramente habría dejado enseguida aquella odiosa compañía, si no se hubiera convencido de que estaba en cinta.

*
* *

Iba á ser madre! Qué felicidad y qué tristeza! Se sentía dichosa al ver que iba á tener un hijo, un compañero en la existencia, un ser—talvez el único—que la mirase con cariño verdadero.

Y al considerar esa dicha, lloraba por aquel niñito que, á su lado, había de sufrir muchos dolores y muchas privaciones.

Y quién era el padre de aquel niño? Martirizaba su mente por conocer el verdadero nombre de quien la había hecho concebir aquel hijo. Sentía mucho el que fuera uno de aquellos hombres despreciables que visitaban amenudo el establecimiento. Eran tan ordinarios y tan poco dignos, que lloraba al pensar que su hijo iba á parecerse

á uno de ellos, talvez al más grosero de todos.

Y sinembargo, no odiaba á la criatura que venía al mundo engendrada por uno de aquellos seres que despreciaba. El niño no tenía la culpa y así lo comprendió su madre, quien lo esperaba con ansia, viendo en su nacimiento el detalle más feliz de su existencia.

Empezaron nuevas privaciones, nuevos dolores y nuevas burlas de sus compañeras, quienes llamaban al niño el hijo de todos.

Ellas sonreían compasivas al ver el vientre de su amiga. El ser madre la obligaría á suspender, por un tiempo, su trabajo y á dejar á un lado las fatigas á que estaba habituada para dedicarse á otras talvez más fastidiosas.

Limba ahorró más y más, gastaba en su persona apenas lo necesario y lo que podía guardar lo encerraba en su alcancía, en la alcancía de su querido chiquitín, al cual bautizó desde entonces con el nombre de Mario, si era varón, y con el de Estela, si era mujer.

* * *

Aquella espera la hizo meditar en su existencia presente. El sentimiento de la maternidad la ennobleció en un instante. Ya no era la prostituta que se entregaba á quien así lo quería; era una mujer seria, casi honrada.

Despreció las ofertas considerables que le hacía la señora Inocencia, apartó de sus ojos las tentaciones con que la rodeaban

algunos admiradores, y se dedicó toda entera á esperar al niñito que con su nacimiento venía á purificar la vida de aquella mujer que tanto había sufrido.

Se sentía orgullosa ante sus compañeras; ahora era una mujer valiente y alegre. Ya no la desanimaban los reveses de la fortuna: iba á ser madre: eso era suficiente para inspirarle confianza en sus propias fuerzas.

* * *

El sentimiento materno, de que pocas veces disfrutan las cortesanas, es un sentimiento que las ennoblece, que las arranca de su parasitismo y de su degradación. Las llena de vida, de orgullo, de valor y de felicidad.

Limba esperó con ansia durante los meses que faltaban, abandonó la casa de tolerancia en donde había pasado casi un año, y dió á luz en un cuarto pequeño, arreglado con primorosa solicitud por aquella madre que aguardaba á su primer hijo.

III

Nació una niña. Con ella y con el dinero que había ahorrado en los últimos meses pudo vivir dichosa sin pensar otra vez en la señora Inocencia y en su establecimiento lleno de miserias é indignidades.

Se puso á trabajar, abrió una venta de ropa que ella misma confeccionaba, y así, poco á poco, fué haciéndose una clientela considerable y aumentando, cada vez más sus economías.

Muy amenudo reflexionaba en los sucesos de que estaba tegida su existencia, y se arrepentía de haber escuchado las promesas que le hizo una anciana aquella noche en que se sentía tan sola, tan desgraciada.

Pensó en su vida actual, soñó muchas cosas bellas para el porvenir y cada vez que contemplaba la rubia cabellera de su Estela, sonreía con dulzura besando aquella graciosa chiquitina á la cual debía su regeneración.

La veía crecer y sentía una satisfacción muy grande cuando en las altas horas de la noche, trabajaba para terminar los bellos vestidos que debían hacer resaltar las gracias de que estaba dotada su pequeñuela.

*
* *

La educó muy bien. Limba conocía demasiado el mundo para no saber inspirarse en su propia vida y sacar de ella hermosas enseñanzas que presentaba á su niña en forma de cuentecitos llenos de bondad y de dulzura.

La enseñó á no esperar en nada ni en nadie. Cada uno debe confiar en sí mismo, nadie está en la obligación de mirar por nosotros y, por lo tanto, no es prudente fiarse de protecciones ajenas.

También le hizo ver que no debía suplicar ni alzar plegarias á ninguna persona por muy poderosa que ésta sea. El hombre no debe doblegar su frente ante nadie porque quien se doblega es abatido sin misericordia.

*
* *

Por último, cuando Estela fué un poco más grande y tuvo criterio propio para comprenderla, la madre le contó su historia, haciéndole ver que su desgracia la había causado el miedo que tuvo á la opinión pública, ese fantasma que sólo á los rutinarios atemoriza.

Ella siguió ciegamente los juicios de la mayoría; cuando se vió señalada con el dedo de todos, creyó que estaba manchada; cuando se consideró despreciada por quienes habían sido sus compañeras, pensó que seguramente había nacido para serlo; y al sentirse impulsada hacia el vicio por esa misma opinión pública, creyó que debía necesariamente obedecer y obedeció á la voz general, entregándose á la señora Inocencia, quien la hizo aumentar el número de mujeres de su casa de tolerancia. Hizo comprender á su Estela querida, que la opinión, esa salvaguardia de la moralidad de las sociedades, no hace otra cosa que dar impulso á las caídas una vez, para que vuelvan á caer y para que rueden, yendo de piedra en piedra, dejando en cada una de ellas pedazos de su vestido, que es su dignidad.

La obligó á apreciar el valor de las mujeres que miran con indiferencia el qué dirán, rebelándose altivas contra las murmuraciones de un conjunto de ignorantes.

Y siempre terminaba sus enseñanzas y sus cuentos con algunas frases que la hija

repetía saboreando cada una de las palabras de que estaban formadas.

Estela comprendía las verdades que su madre le presentaba á cada momento y para verla contenta, al besarla amorosamente, le preguntaba:

—Mamá, será la sociedad más perfecta que cada uno de nosotros?

Y Limba le respondía con dulzura:

—No, hija mía, la perfección está en nosotros mismos; cada uno debe buscarla en su interior, en sus palabras y en sus actos y no ir á mendigar ejemplos de perfección á las páginas del libro de la moral esclava, ni á las puertas de los templos.—Y después besaba repetidas veces á su Estela adorada.

Aquellos besos eran el premio de todas sus fatigas.

Las caricias de su hija le hacían olvidar los detalles de su existencia y, al estar cerca de Estela, no pensaba sino en su presente dulce y tranquilo, apenas rizado por la brisa de sinceridad que soplaba á su alrededor.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028266411